

hombros de cuatro principales señores del imperio, con su largo manto de finísima tela de algodón sembrado de joyas y pedrería, su corona de oro en forma de mitra y sus sandalias de oro macizo también. Cuando los mejicanos vieron a su emperador, que apenas bajaba la cabeza ante sus dioses, saludar respetuosamente al caudillo extranjero, ya no dudaron que aquellos hombres eran una especie de *teules*, que era el nombre que daban a sus divinidades. Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad (8 de noviembre, 1519) y los españoles se quedaron absortos de verse en una población de veinte mil casas, con calles anchas y regulares, jardines, templos, plazas y mercados, circulando por ella un inmenso gentío. Hernán Cortés había realizado su gigantesca empresa, y sin embargo, ahora que se hallaba en la capital del imperio mejicano, le pareció más difícil que nunca su destrucción.

En medio de las atenciones y agasajos de que Cortés era objeto en aquella ciudad imperial, desconfiaba de Motezuma y de su pueblo, y los avisos de los tlascaltecas que los conocían bien, le confirmaban en lo falso y arriesgado de su posición. ¿Qué sería de aquel puñado de españoles en medio de una capital populosa, si los mejicanos cortaban los puentes de las calzadas y rompían los diques del lago? Légame en esto la siniestra nueva de que un general mejicano llamado Qualpopoca había invadido las tierras de los indios confederados, atacado la escasa guarnición española de Vera-Cruz que salió a protegerlos, muerto siete soldados y herido al gobernador Escalante; y que la cabeza de un español era paseada por los pueblos para mostrar que aquellos extranjeros no eran inmortales. Cortés se cree en el caso de tomar una resolución enérgica y decisiva, como lo eran todas las suyas, y se apodera de la persona de Motezuma a quien supone cómplice, y le lleva cautivo al cuartel de los españoles. Qualpopoca y sus capitanes vienen a poder de Cortés, y un tribunal los condena a ser quemados vivos: la ejecución se realiza: «el crimen ha sido expiado», le dice Cortés a Motezuma, y le manda soltar los grillos que le había puesto.

Duño el general español de los tesoros de Méjico, cobrándose por él los impuestos de la nación, declarado el emperador azteca feudatario del rey de Castilla, y en manos de Cortés su autoridad, parecía haberse concluido la conquista del imperio mejicano. Pero muy imperfecta en verdad hubiera sido la obra del conquistador cristiano, si se limitara a la material adquisición de un territorio. ¿Había de tolerar que siguieran aquellos abominables sacrificios, aquellos banquetes horribles de carne humana que los mejicanos ofrecían a sus dioses cuando tenían hambre, y que los hombres devoraban a nombre de los dioses con bárbaro placer? Propúsose Cortés abolir aquellos ritos inmundos y hacer conocer a aquellas gentes el culto suave y humanitario del cristianismo. En el cuartel de los españoles se limpió el ara sangrienta de un templo; en lugar del dios sanguinario de la guerra se colocó la imagen de la madre del Dios de paz, y donde había estado la tajante cuchilla del sacerdote azteca presentó el sacerdote cristiano a la adoración del pueblo la hostia pacífica y el signo de la redención de la humanidad. Pero otra vez el celo religioso puso a Cortés en trance y peligro de perder todo lo ganado, porque un pueblo sufre mejor cualquier otro ultraje que el de que le quiten su religión. El pueblo y los sacerdotes no pudieron sufrir la profanación de sus altares. El mismo Motezuma llamó un día a Cortés a su aposento, y con una firmeza des acostumbrada le dijo que sus dioses estaban ofendidos, y pues la misión de su monarca estaba ya cumplida, se apresurara a salir de la ciudad y del imperio. Cortés disimuló, manifestó deseos de volver a su patria, pero expuso que para verificarlo necesitaba construir algunos buques, porque su flota había sido destruida, y pidió a Motezuma que sus súbditos le ayudaran a la construcción de las naves. A esto accedió muy gustoso el emperador, con el afán de que cuanto antes pudieran irse los españoles.

Otro objeto se proponía Cortés en la construcción de buques. Mas cuando estaba en esta faena, que entretenía y dilatava todo lo posible, recibe aviso de que Pámfilo de Narvaez, teniente de Velazquez el gobernador de Cuba, ha desembarcado en la costa mejicana con mil cuatrocientos hombres, con la

comisión de despojarle de su conquista, de hacerle prisionero y de llevarle a Cuba para ser juzgado. Jamás Hernán Cortés se había visto en mayor conflicto y apuro. ¿Abandonará y perderá a Méjico por salir a combatir un ejército español tres veces más numeroso que el suyo? ¿Esperará en la ciudad la llegada de Narvaez para tener dos terribles enemigos, uno dentro y otro fuera? Cortés opta como siempre por la resolución más audaz: encomienda la guarda de Méjico a su teniente Pedro de Alvarado con solos ochenta españoles, le deja las instrucciones a que ha de arreglar su conducta, pónese de acuerdo con Sandoval, el nuevo gobernador de Vera-Cruz, y sale con doscientos cincuenta hombres al encuentro de Narvaez; le sorprende en una noche tempestuosa y lóbrega en Zampoala, le ataca, le hace prisionero, únense al vencedor las mismas tropas del vencido, y Cortés da la vuelta a Méjico a la cabeza de mil trescientos soldados, cien caballos, diez y ocho cañones y dos mil tlascaltecas.

A su regreso encuentra la populosa capital insurreccionada, y a Alvarado y sus pocos españoles estrechados por los insurrectos. Cortés ni desmaya ni vacila; penetra en la ciudad, y se empeñan los mas vivos y encarnizados combates. Compréndese mejor que se explica cuán horrorosa y trágica sería la pelea de muchos días, entre una inmensa población arrebatada de furia y unos soldados luchando a la desesperada. Motezuma se ve comprometido a servir de mediador entre la ciudad y los españoles para ver de atajar tanta sangre: accede, aunque con recelo, a presentarse revestido de las insignias imperiales y de toda la pompa y atributos del poder. Su recelo era bien fundado: al querer arengar a su pueblo para ver de calmar la sedición, cae mortalmente herido por una lluvia de flechas y piedras lanzadas por sus mismos súbditos, y sucumbe a poco tiempo (30 de junio, 1520). Embargó al pronto a los mejicanos el estupor y el asombro de lo que acababan de ejecutar; mas pronto se recobran, proclaman emperador a Quetzlavaca, hermano de Motezuma, y se renueva con mas fuerza el ataque del cuartel español. La sangre corre a torrentes por las calles, a nadie se perdona la vida, Cortés mismo se ve en mil personales riesgos, pero sin abandonarle nunca su carácter magnánimo; reconoce al fin la necesidad de retirarse de aquella población infernal, y aprovecha para ello la oscuridad de una noche y la lluvia que caía en abundancia. ¿Mas por dónde huirá si los indios le cortan las calzadas del lago?

Y así fué por desgracia. No solo habían hecho hasta siete zanjias en la calzada de Tacuba que Cortés eligió para la retirada, sino que el lago se hallaba cubierto de millares de canoas, desde las cuales lanzaban espesas granizadas de flechas y dardos sobre los fugitivos y apiñados españoles y tlascaltecas. A fuerza de prodigios y luchando con la muerte, iban ganando los trozos de calzada de cortadura en cortadura. Muchos perecían en las olas, salvábanse otros a nado, caían otros acribillados de flechas, los gritos eran horribles, la mortandad espantosa. Alvarado, Ordaz, todos hicieron maravillas de valor, Cortés se mostró mas que nunca héroe, y cuando ganaron la tierra firme, angustióse el valeroso caudillo al ver que habían perecido dos mil tlascaltecas, doscientos españoles y cuarenta y seis caballos. Quedóle a aquella noche el nombre de noche de la desolación y el de la *Noche Triste* (1.º de julio de 1520).

No pararon aquí los trabajos. Al sexto día de caminar por inmensas soledades con increíbles privaciones y padecimientos, sorprende a los españoles el espectáculo de cuarenta mil guerreros indios que los aguardaban en el valle de Otumba. ¿Qué hará Hernán Cortés en este nuevo trance? Vencer ó morir es su resolución; arenga a sus soldados; el ejemplo y la palabra de su general los vigoriza, y rompen todos sembrando la muerte por aquellas formidables masas. Divisa Cortés con su ojo de águila el estandarte imperial, en cuya pérdida ó conservación sabe que cifran los mejicanos el símbolo de la suerte del imperio; rodéase de sus mas intrépidos capitanes, acomete con ellos y arrolla a los que custodiaban la imperial enseña, da la muerte al general mejicano que la empuñaba, se apodera del estandarte, los indios que lo ven huyen desparvoridos, hace en ellos una horrible matanza, recoge su botín y sus tesoros, y se va a descansar a la ciudad amiga de Tlas-

cala, donde es esmeradamente cuidado de las heridas que ha recibido en la gloriosa batalla de Otumba (8 julio de 1520).

Una nueva feliz viene allí a aumentar sus esperanzas y la alegría de su último triunfo. Tres navios de España cargados de municiones y soldados han arribado por casualidad al puerto de Vera-Cruz, cuyo gobernador ha determinado a sus capitanes a incorporarse a las tropas de Cortés. Con este refuerzo el ejército conquistador se vuelve a encontrar tan numeroso como a su entrada en Méjico. Cortés se siente capaz de emprender de nuevo la conquista, y sus amigos los tlascaltecas le facilitan un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Había muerto en Méjico el nuevo emperador, y ocupaba el trono imperial el joven Guatimocin, pariente de Motezuma, que no carecía de valor ni de prevision, y congregando cuanto gente de guerra pudo, se preparó a hacer a los españoles una resistencia desesperada. Cortés no se arredra por eso, y emprende su marcha. Al llegar a las cercanías de Tezeuco, previene y frustra una conspiración del cacique para aniquilar toda la hueste española. Conoce que no podrá apoderarse de Méjico sin algunos buques de guerra que oponer a las canoas de los indios: da principio a la obra de construcción, y en pocos días y como por encanto aparece armada una escuadrilla de trece bergantines. Con su auxilio va sometiendo las provincias y poblaciones inmediatas a la capital, y haciendo alianza con sus tribus, y esta defección pone en cuidado a Guatimocin. Al tiempo de atacar la ciudad descubre otra conspiración de sus propios soldados, partidarios todavía algunos de ellos de Velazquez, que se proponían nada menos que asesinar a su general. Cortés hace ahorear al principal de los conjurados, llamado Antonio de Villafañe, encuentra la lista de los demás conspiradores, disimula, los tranquiliza con mucha política, y le siguen todos al ataque.

Amaestrado Cortés con el desastre de la *Noche Triste*, dispone convenientemente su tropa y sus buques para poder marchar por las calzadas, y combatir los millares de piraguas indias que llenaban el lago. Su artillería derrama el espanto y la muerte en los indios de las canoas, y Cortés penetra el primero hasta el corazón de la ciudad, hasta el templo en que habían dejado plantada la cruz, ya reemplazada otra vez por el dios de la guerra de los aztecas. Pero se ve obligado a retroceder, furiosamente atacado por los mejicanos. Los combates se renuevan y repiten con bárbaro furor, con lastimosa matanza de hombres y lamentable destrucción de edificios. Cortés corrió en esta ocasión los mayores peligros personales. Los españoles se retiran y vuelven a acometer; son rechazados y tornan a pelear con la misma furia: por espacio de muchos días se combate sangrienta y encarnizadamente y sin descanso, en tierra y en agua, en la ciudad, en las calzadas y en la laguna. Recibe Cortés numerosísimos refuerzos de las ciudades-amigas, y bloquea la capital hasta hacerle sentir el hambre. Pero deseando poner pronto término a tan funesta guerra, dispone un asalto general por tres puntos: él es quien mas avanza salvando zanjias y trincheras; pero suena en el sagrado templo la trompa de Guatimocin, y vomitando las calles innumerables bandas de frenéticos indios, seis vigorosos guerreros se abalanzan hacia el general español, y le derriban herido al suelo; el capitán Olea le salva de la muerte matando dos de aquellos feroces indios, y a costa de caer él moribundo al lado de su jefe. Cortés y sus españoles se retiraron con no poca pérdida, venciendo mil dificultades y peligros.

Una noche observaron los españoles desde su campamento una procesion que se celebraba en la ciudad: entre las filas de los sacerdotes divisaron varios de sus compatriotas prisioneros que conducían desnudos a sacrificarlos al dios de la guerra segun su costumbre, y a que hiciesen despues sabroso manjar de sus carnes los feroces canibales del atrio del templo. Tan horrendo espectáculo heló de estupor a unos, y encendió en rabia y en desesperación a otros. Los indios confederados intentan abandonar a los españoles, porque los sacerdotes mejicanos les han enviado a decir que el terrible *Huitzilopochtli*, su ofendida deidad, aplacado con aquellas victimas, ha vuelto a tomar bajo su amparo a los aztecas, y dentro de ocho días perecerían todos los españoles. Esta fati-

dica predicción fué la que salvó al impertérrito Cortés: *Aguardad, les dijo, estemos sin pelear ocho días, y yo os convenceré de la impostura de esos oráculos*. El convenio se acepta, trascurre el plazo, los españoles viven, los oráculos quedan desmentidos, y los indios aliados se apresuran a incorporarse confiadamente a Cortés, avergonzados de su credulidad.

Penetran otra vez los españoles y sus aliados en la población, acosada ya de los horrores del hambre y de la sed, derriban edificios, incendian templos, degüellan sin conmiseración; y Guatimocin, que no ha querido escuchar proposiciones de paz, determina fugarse para hacer la guerra desde la calzada del Norte. Sandoval, que mandaba la flotilla española en el lago, advierte que le cruzan muchas canoas atestadas de gente. García Holguín, que conducía el buque mas velero, persigue una de ellas en que le pareció que iban personajes de cuenta: al mandar apuntar a sus ballesteros le gritan que no descargue: *Yo soy Guatimocin*, exclamó un joven guerrero; *llevadme a vuestro general, solo os pido que no toqueis a mi esposa y a los que me acompañan*. La nueva de la captura de Guatimocin cunde rápidamente entre los mejicanos, que yertos de estupor cesan en el combate. Hernán Cortés y los españoles quedan apoderados de Méjico (13 de agosto, 1521), despues de un sitio de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor, y por los horribles padecimientos de sitiados y sitiadores.

Los días siguientes a la rendición se invirtieron en limpiar la ciudad de los montones de cadáveres que la infectaban, en presenciar la marcha de los que habían quedado vivos, aunque extenuados del hambre, en hacer procesiones religiosas, en celebrar banquetes, en solemnizar de mil maneras el triunfo, y en repartirse las riquezas que encontraron. Como estas no correspondieran a las esperanzas de los españoles, prorumpieron en quejas y murmuraciones, y pidieron en tumulto que les fueran entregados Guatimocin y su ministro para obligarlos a declarar dónde habían escondido sus tesoros. Cuéntase que puestos a tormento sobre unas parrillas, bajo las cuales había fuego vivo, como el ministro lanzara un grito de dolor mirando a su soberano: *Y yo, exclamó Guatimocin, ¿estoy acaso en algun lecho de rosas?* Cortés mandó suspender el suplicio del emperador, pero retirósele del brasero para conducirle en el mas miserable estado a una prision, de donde se le sacó a los tres años para ahorearle en compañía de otros dos caciques, con pretexto ó motivo de ser fautores de una conjuración.

A la rendición de la capital no tardó en seguir la sumisión de las provincias de aquel vasto imperio. El natural amor a la libertad sugirió a los mejicanos muchas conspiraciones y tentativas para sacudir el yugo de sus dominadores; mas todas eran reprimidas, y no hacían sino acarrear venganzas terribles y crueldades con que muchas veces los opresores se deshonraron. Aun así, la caída del imperio de los aztecas fué grandemente beneficiosa a la humanidad, y aun a ellos mismos: aunque mas civilizados que otros indios, no dejaban de ser feroces y brutales, vivían en la esclavitud, y sus bárbaros y abominables sacrificios, y sus horrendos banquetes de carne humana, eran sobrados motivos para que la humanidad se felicitará de la conquista. La empresa llevada a cabo por Hernán Cortés y un puñado de valientes españoles «fué, dice un ilustrado y moderno historiador americano, como empresa militar, poco menos que milagrosa, demasiado sorprendente é inverosímil aun para una novela, y sin ejemplo en las páginas de la historia.»

¿Recibió el conquistador todo el premio que merecía su haznosa empresa? Perseguido por el envidioso y rencoroso Velazquez, y calumniado en la corte de España, muchas veces vió menospreciada su gloria y sus ricos presentes. Sobre tener que luchar constantemente con las ambiciones de sus lugartenientes, el mismo Carlos V sospechó de su lealtad, y le hizo circundar de espías, a cuyas demostraciones de injusta desconfianza correspondía Cortés con nuevos servicios. Hizo reedificar la populosa ciudad de Méjico que había quedado lastimosamente destruida, y la pobló de fabricantes y artesanos, de animales y plantas de España. Sus continuos disgustos le podrán disculpar en gran parte de la crueldad que mu-

chas veces empleó en la conversión forzosa de los indios á la religión y al culto cristiano.

Léjos de seguir las instigaciones de los que le aconsejaban que se proclamara independiente, prefirió venir á España á dar explicaciones de su conducta al emperador Carlos V (1528). Este monarca pareció penetrarse del mérito é importancia de sus servicios, le recibió con mucha distinción, le colmó de elogios, y le hizo caballero del hábito de Santiago y marqués del Valle de Oaxaca (1529). Mas con pretexto de dividir convenientemente la autoridad, nombró un virey para Nueva España, conservándole á él el mando militar y la facultad de continuar y extender las conquistas. De vuelta á Méjico se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad y la envidia de los miembros de la audiencia. Para evitar mas disgustos y no sentir tanto la decadencia de su poder, equipó una flota considerable, y partió á hacer descubrimientos en el gran mar del Sur, y descubrió la gran península de la California, y reconoció una parte del golfo que la separa de Nueva España (1536).

Obligado á regresar á Méjico á causa de las disensiones y rivalidades que seguían agitando el país, volvió á probar las mismas pesadumbres de parte de sus émulos. Cansado de tanta injusticia y de luchar con adversarios tan indignos de él, determinó volver á España, contando con que sería al menos atendido de su monarca como la vez primera. Mas sus ilusiones comenzaron á disiparse pronto al ver el frío recibimiento que se le hizo en la corte (1540). No le sirvió seguir á Carlos V y combatir como voluntario en su famosa expedición á Argel. Este nuevo servicio no fué mejor pagado que los anteriores; antes bien, con haber perdido en esta guerra, de que luego habremos de hablar, joyas de gran valor, ni aun siquiera se le indemnizó de los 300,000 escudos que habia gastado en su expedición á California. Llegó á no poder conseguir una audiencia de su soberano. Tratado por el emperador Carlos V con el mismo desden y con la misma ingratitud que Cristóbal Colon por Fernando el Católico, un día aguardó el carruaje del emperador, y se abalanzó sobre el estribo: *¿Quién sois vos?* le preguntó el monarca. — *Yo soy*, contestó Hernán Cortés con entereza, *un hombre que os ha ganado mas provincias que ciudades heredasteis de vuestros padres y abuelos*. Esta noble y altiva respuesta, que encierra una nueva lección tan sublime como triste, fué la última venganza del gran conquistador.

Mas no por eso mejoró su posición y su suerte. Lleno de sinsabores, y poseído de melancolía, abandonó la corte y se retiró á una soledad cerca de Sevilla. Allí murió, en Castilleja de la Cuesta, como otro Gonzalo de Córdoba, á la edad de 63 años (2 de diciembre, 1547), siendo un nuevo y desconsolador ejemplo de la ingratitud de los reyes.

Y no eran estas solas las conquistas con que se agrandaban en el Nuevo Mundo los dominios del afortunado monarca español, que era al propio tiempo en el Mundo Antiguo el mas poderoso de los soberanos. Otros españoles, á fuerza de trabajos y hazañas, le estaban conquistando también, en las regiones americanas, imperios no menos vastos y mucho mas ricos que el que acabamos de mencionar.

Entre los aventureros que acompañaron al famoso Ojeda en su expedición á Tierra Firme, y al afortunado y desdichado Balboa en el difícilísimo paso del istmo de Darien, y entre los que en Panamá se habían establecido con el cruel gobernador Pedrarias Dávila que hizo decapitar á Balboa, se hallaba un español, extremeño también como Balboa y Cortés, natural de Trujillo, hijo legítimo del capitán Gonzalo Pizarro, que habiendo pasado su primera edad en la humilde ocupación de guardar ganado, sin conocer siquiera los rudimentos del arte de la escritura, se habia distinguido por su intrepidez y energía, por su valor en los peligros, y por la aplicación y la inteligencia natural con que suplía la falta de instrucción, tanto que habia sido ascendido á la clase de oficial y se habia hecho digno y hábil para dirigir y mandar á otros. Este hombre era Francisco Pizarro.

Asociado Pizarro á otros dos españoles, llamados Diego de Almagro y Fernando de Luque, sacerdote este último y vicario de Darien, resolvieron, con aprobacion del gobernador,

hacer una expedición al Perú, ofreciéndose cada cual á contribuir con cuanto tuviese para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus compañeros, fué el encargado de mandar y dirigir la atrevida empresa. Almagro habia de proveerla de tiempo en tiempo de viveres, municiones y refuerzos, y el sacerdote Luque, que se habia enriquecido en Santa Maria de Darien, costeó los primeros gastos, que importaron 20,000 pesos de oro. Pactaron y juraron repartirse entre los tres por iguales partes los países que descubrieran y conquistaran, en fe de lo cual el clérigo Luque celebró una misa, en que despues de haber consagrado la hostia la partió en tres pedazos, y comulgando con uno dió otro á cada uno de sus asociados (10 de marzo, 1526). Un solo navío conduciendo ciento doce hombres de tripulación era toda la fuerza con que Francisco Pizarro se embarcó en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur á conquistar el mayor imperio del mundo.

Errante en su primera expedición por islas y mares, despues de muchas penalidades y trabajos, de enfermedades y muertes en su escasa tropa, y de incesantes luchas con las olas y con los indios, encontróse otra vez el aventurero enfrente de la isla de las Perlas, en el centro del gran golfo de Panamá. Reforzado allí por Almagro con hombres y viveres, diéronse otra vez los dos á la vela, y mas felices en esta ocasion, llegaron á las costas de Quito, la mas bella y mas vasta provincia del imperio del Perú, y desembarcaron en Tucumán. Pero conociendo ser una temeridad empeñarse en la conquista con tan escasas y debilitadas tropas, resolvieron que Almagro volviera á Panamá á buscar refuerzos, que en efecto llevó á su amigo, pero que tardaron en llegar muchos meses, cuando Pizarro se hallaba ya en la situación mas triste y desesperada, en una isla desierta, con solos trece hombres, todos extenuados, luchando con las agonias del hambre. Con aquel refuerzo tomó rumbo hácia Sudeste, y al cabo de veintinueve dias de navegación, ancló en la bahía de la ciudad peruana de Tumbes, donde halló una generosa hospitalidad. Los exploradores fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, y el cacique le envió varios peruanos en canoas con bastimentos de toda clase en vasos de oro y plata, metales que brillaban en abundancia en sus habitaciones. Por lo mismo que mostraba ser un país tan rico, y al propio tiempo tan populoso, que fuera temeridad intentar su conquista con tan pobres medios y tan poca gente, creyó Pizarro que volviendo á Panamá y enseñando los magníficos vasos de plata y oro y las finisimas telas de lana y algodón que de muestra llevaba, no podria menos de ser auxiliada su empresa (1527). Mas se equivocó en su cálculo; el gobernador se negó á ello; en Pedrarias no tenia confianza; y como los tres asociados hubiesen apurado ya sus recursos, tomaron la resolución de dirigirse á la corte misma de España, para lo cual pudieron reunir algunos fondos. El encargado de esta comision fué el mismo Pizarro.

A su arribo á Sevilla (1528) se vió encarcelado á instancias del bachiller Enciso, en virtud de sentencia que este tenia ganada por cuentas atrasadas con los primeros vecinos del Darien. Pero puesto luego en libertad por orden del gobierno, presentóse en Toledo al emperador Carlos V con un aire de dignidad y de nobleza, que nadie habria podido esperar del antiguo guardador de puercos. Encontróse allí con Hernán Cortés, que á la sazón habia ido á justificar ante el monarca su conducta de las calumnias ó sospechas con que se le habia querido mancillar. De modo que el afortunado soberano, á quien los españoles acababan de hacer dueño de Italia y casi árbitro de Europa, daba al propio tiempo audiencia á otros dos españoles, de los cuales el uno ofrecia á sus piés la corona de un vasto imperio en el Nuevo Mundo, y el otro le prometia la adquisición de otro imperio mas opulento y mas dilatado.

Pizarro le hizo una pintura tan viva, tan animada y discreta de los países que habia descubierto y de los trabajos y miserias que habia pasado por ganarlos y difundir en ellos la fe cristiana, que no solo le prestó auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitán general de 200 leguas de costa en Nueva Castilla (que así se llamaba entonces el Perú), con el título de Adelantado de la tierra

Yo vine aquí de Madrid por besar las manos á la emperatriz mi señora / y queriendo pasar á elant á elant á las de v. m. de que tengo tanto desseo me dixerón que la v. m. de v. m. de esta villa sería muy b. y por esto y por no ser pesadón de v. m. me cubre de mandar si es sabido que vaya / lo es pere aquí la v. m. de v. m. rreal persona por q. hasta tanto q. v. m. me cubre de mandar lo que es sabido q. haga ninguna mudanza hare

Y los del Consejo de las yndias y fiscal de v. m. en yntentado aquí de demandar á algunas personas de los q. Com. d. v. m. en penas sobre de q. algunos de los sellos no registraron en su villa el oro q. tuvieron de la meda. española / y sabrá v. m. ma. está q. en esto no yntendí finde ni ynterefe alguno del patrimonio rreal de v. m. ni de ferir persona. Salvo alguno de su ynterferencia como v. m. podrá ser ynterferencia de su confes. y del secret. abos / a quien yo escudo p. q. ynterferencia de v. m. en q. v. m. me haya m. en mandar p. de como sobe esto no sean demand. ni molestados q. por ser estas personas q. tanto ansado en la conquista y pacificaron de algunas partes de v. m. en mandarlo así p. de me hara señalada m. y por ello beso sus reales manos. In dictisimo segun dias no señor la imperial persona de v. m. y un de con acientam. de m. y mayores rreynos y señorios por muy largos tiempos en su santo serdicio pros pere y onserde. Contodo lo de mas q. por v. m. se desca. de Madrid d. de Julio de d. p. de v. m.

Yo vine aquí de Madrid por besar las manos á la emperatriz mi señora / y queriendo pasar á elant á elant á las de v. m. de que tengo tanto desseo me dixerón que la v. m. de v. m. de esta villa sería muy b. y por esto y por no ser pesadón de v. m. me cubre de mandar si es sabido que vaya / lo es pere aquí la v. m. de v. m. rreal persona por q. hasta tanto q. v. m. me cubre de mandar lo que es sabido q. haga ninguna mudanza hare

Y los del Consejo de las yndias y fiscal de v. m. en yntentado aquí de demandar á algunas personas de los q. Com. d. v. m. en penas sobre de q. algunos de los sellos no registraron en su villa el oro q. tuvieron de la meda. española / y sabrá v. m. ma. está q. en esto no yntendí finde ni ynterefe alguno del patrimonio rreal de v. m. ni de ferir persona. Salvo alguno de su ynterferencia como v. m. podrá ser ynterferencia de su confes. y del secret. abos / a quien yo escudo p. q. ynterferencia de v. m. en q. v. m. me haya m. en mandar p. de como sobe esto no sean demand. ni molestados q. por ser estas personas q. tanto ansado en la conquista y pacificaron de algunas partes de v. m. en mandarlo así p. de me hara señalada m. y por ello beso sus reales manos. In dictisimo segun dias no señor la imperial persona de v. m. y un de con acientam. de m. y mayores rreynos y señorios por muy largos tiempos en su santo serdicio pros pere y onserde. Contodo lo de mas q. por v. m. se desca. de Madrid d. de Julio de d. p. de v. m.

Carta original dirigida por Hernán Cortés al Emperador Carlos V fechada en Madrid á 15 de Julio de 1528

(La firma autógrafa dice: Hernán Cortés.  
Bibl. Nacl. — Est. reservado — Caja de autógrafos.)